



Prólogo

VAD 08.La estética



The aesthetics

Ana Esteban Maluenda

Universidad Politécnica de Madrid (España)

PhD. Arq.^a, investigadora y docente Dpto. Composición Arquitectónica ETSA-UPM

La estética, en tanto que reflexión sobre la imagen, no se puede entender como una disciplina inmutable. La percepción de los valores estéticos, sean estos relativos a la belleza o la fealdad, a la armonía o al desequilibrio, han venido determinados históricamente por condicionantes sociales, científicos o filosóficos.

Aunque el concepto es tan antiguo como la humanidad, la primera vez que se utilizó el término como tal en un título fue en *Aesthetica* (1750) de Alexander Baumgarten, quien delimitó la disciplina y la diferenció del resto de ramas de la filosofía que tienen que ver con la teoría de la sensibilidad. En los prolegómenos de esta obra, se definía la estética como

La teoría de las artes liberales, gnoseología inferior, arte del pensar bellamente, arte análogo a la razón, (en definitiva, como la) ciencia del conocimiento sensible.¹

Baumgarten presentaba la estética como la filosofía del arte bello, y la belleza como la perfección percibida a través de los sentidos en lugar de a través del puro intelecto. Es decir, para Baumgarten, la finalidad de la estética era la búsqueda de la perfección:

El fin de la estética es la perfección del conocimiento sensible como tal. Esta perfección es la belleza.²

Aunque el filósofo alemán tituló su libro con el término latino, los filósofos griegos ya se referían a la *aisthetike* como aquello que estaba dotado de sensibilidad, y vinculaban la palabra directamente con la percepción de la belleza y el influjo que ejerce sobre nuestra mente. Pero, su entendimiento de lo bello iba mucho más allá. El ideal de virtud griega se basaba en el *Kalos-kai-agathos*, es decir, la unión entre la belleza física y lo bueno, entendiendo esa bondad como la colaboración del ente en la consecución de su propio fin. En definitiva, para que algo fuese considerado bello, debía ser también útil, es decir, conveniente y adecuado a su función.

Cuatro siglos más tarde, en sus *De architectura libri decem* (c. 15 a. C.), Vitruvio no sólo añadió la solidez como una tercera condición a considerar, sino que separó de nuevo lo bello y lo útil, y acuñó así la famosa tríada que marcaría a partir de ese momento una buena parte de las reflexiones teóricas en torno a la disciplina: *firmitas, utilitas y venustas*.

Cuando Leon Battista Alberti escribió *De re aedificatoria* (c. 1450), utilizó el modelo vitruviano de los diez libros y volvió sobre la tríada, aunque introdujo algunos cambios en su significado, entre ellos que la belleza, además, debía provocar deleite.

Así, se recuperó a un actor que había perdido protagonismo, el usuario, pues el deleite entroncaba directamente con la percepción o disfrute del entorno edificado a través de nuestros sentidos y, por tanto, dependía, de la respuesta subjetiva que suscitaba en los individuos.

1 Alexander Baumgarten, *Aesthetica* (Frankfurt an der Oder: Traiecticis Viadrum, Imp. Ioannis Christiani Kleyb, 1750), 1.

2 *Ibidem*, 1.

La importancia de este último agente disminuyó sensiblemente a partir de la mitad del siglo XIX, cuando, en pleno *affaire* entre arquitectura e ingeniería, algunos teóricos franceses comenzaron a señalar la utilidad como una categoría ineludible. Para Léonce Reynaud:

*Ninguna construcción puede complacernos completamente si no nos parece que lleva en todos sus puntos esenciales un cierto sello de utilidad y conveniencia.*³

- 3 Léonce Reynaud, *Traité d'architecture* (París: Dunod, 1867), 2.

El papel del individuo recibiría la puntilla definitiva a principios del siglo XX, cuando algunos arquitectos, como Hannes Meyer, presentaron definitivamente el *deleite* como el resultado de la obtención de la máxima funcionalidad de uso y de la manifestación externa de la estructura:

*La fórmula vitruviana había cambiado para siempre, de manera que utilidad más solidez equivalía a deleite.*⁴

- 4 Leland Roth, *Entender la arquitectura. Sus elementos, historia y significado* (Barcelona: Gustavo Gili, 1999), 59.

Así, muchas de las propuestas de las primeras vanguardias tendieron a obviar no sólo los valores estéticos tradicionales, sino la idea de la estética en sí. Como afirmaba Antonio Fernández Alba, se pretendía

*Formalizar racionalmente el espacio (...) de manera tal que se pueda llegar a un todo conforme, donde los hábitos del ser humano queden excluidos.*⁵

- 5 Antonio Fernández Alba, *Los axiomas del crepúsculo. Ética y estética de la arquitectura* (Madrid: Hermann Blume, 1990), 20.

Este hermético planteamiento dejaba fuera de la discusión aspectos como la relación de la arquitectura con la tradición y la naturaleza, o con el símbolo y la representación. Es decir, supeditaba los valores humanos a una pretendida superioridad de la función sobre la forma. Probablemente en esa inflexible búsqueda de respuestas desde el uso y la tecnología radiquen buena parte de los motivos de las viscerales reacciones de oposición al Movimiento Moderno surgidas a partir de 1965.

En una especie de premonición de lo que vendría medio siglo después, Sigfried Giedion dejó escritas estas palabras en la conclusión que cerraba la última edición de su voluminoso *Space, Time and Architecture* (1941-1969):

*Ahora el mundo ha tenido conocimiento del punto muerto al que nos ha llevado el excesivo énfasis en el pensamiento puramente racional. Hemos vuelto a tomar conciencia de los límites de la lógica y la racionalidad. (...) El conocimiento y la sensibilidad se han aislado uno de otra. Y así llegamos a la curiosa paradoja de que hoy en día la sensibilidad se ha vuelto más difícil que el pensamiento.*⁶

- 6 Sigfried Giedion, *Espacio, tiempo y arquitectura: origen y desarrollo de una nueva tradición* (Barcelona: Reverté, 2009), 825-828.

Haciendo nuestras esas reflexiones, cabe cuestionarse algunas vicisitudes de ese momento, entre otras, si ese debate sigue vigente.

¿Qué importancia tienen los criterios estéticos en la arquitectura del siglo XXI?

¿Se ha superado el debate entre forma y función?

¿Cómo influye el cambio de valores de la sociedad en lo que se demanda de una obra arquitectónica?

En este número de VAD se ha invitado a presentar reflexiones sobre el concepto de estética no solo desde posturas conceptuales –donde tradicionalmente se ha situado el debate–, sino también desde el análisis de ejemplos concretos, tanto históricos como contemporáneos, que permitan acotar la relevancia de lo sensorial en la arquitectura. Buscamos textos que ayuden a entender si se ha superado la tradicional dicotomía entre forma y función y, más aún, si esta discusión sigue siendo hoy pertinente.

